

# La fuga de Carlos Montemayor Para leerse de un tirón

Ignacio Trejo Fuentes

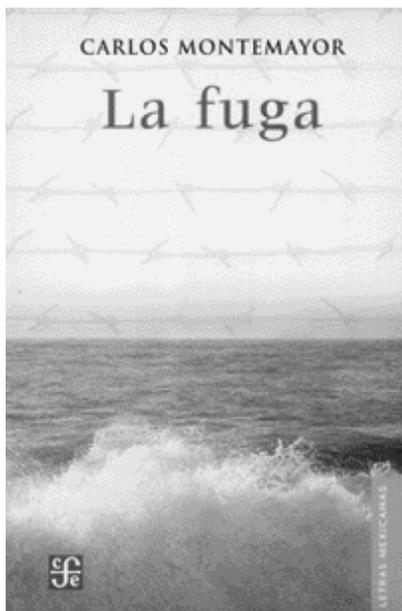
Hacía tiempo que no leía una novela mexicana que me llevara a leerla “de un jalón” por la nada sencilla causa de que está llena de aventuras, aunque en las primeras páginas, al darme cuenta de que los hechos empezaban con la llegada de una cuerda de reos a las Islas Marías, sospeché que se trataría de una más de las obras nutridas en el tema, como las de Revueltas, Garibay y tantos documentos periodísticos como se han publicado. Pero vi también que se trataba de otra cosa, hecha de manera distinta.

Advierto lo anterior porque, a estas alturas, uno ya no puede leer por puro goce, sino que pone atención en la técnica, en el lenguaje, en los trucos, y de ese modo el ejercicio se prejuzga: sin dejar de atender aquellas cuestiones, me dejé llevar por la fuerza anecdótica de *La fuga*, y llegué al final sin respirar. Por principio de cuentas, el protagonista principal, Ramón, no es un preso común, sino un guerrillero que ha matado policías y soldados a finales de los años sesenta y principios de los setenta: al saber esto, los otros reclusos lo respetan (es ley en los penales rendir honores a quienes asesinan a los representantes de la ley) y le llaman “el gatillero” en vez de “guerrillero”. Con otros, determina fugarse para continuar su lucha, aunque luego de construir una lancha con ayuda de uno que es hombre de mar sólo escapa con éste porque los otros desisten al último momento: están a punto de ser liberados y no quieren arriesgarse.

También cuando los dos hombres se hacen a la mar conjeturó que el autor me daría más de lo mismo: las peripecias en alta mar; y de eso ya he leído mucho: Hemingway, García Márquez, Conrad, Melville... Y otra vez, seguí leyendo con absoluto interés. De nuevo, supuse que al llegar a tierras continentales la historia se le caería a Mon-

temayor, y no: la aventura sigue, hasta el final.

Carlos cuenta esta historia por medio de un narrador en tercera persona, y algunas partes en primera, en voz de Ramón y Mono Blanco, el otro reo escapado. De ese modo nos enteramos de los motivos que los llevaron a las Islas Marías y de cómo, pese a ser tan distintas, las razones se emparentan y se resuelven de manera casi idéntica. El primero había sido líder guerrillero en Chihuahua, y participó en acciones que en aquellos tiempos sacudieron a la sociedad; el segundo mató a un poderoso que había violado a su hermana. Y como en las mejores novelas de aventuras —ésta lo es— el lector se deja llevar por el clásico “¿y luego?”, sin dejar de hacer adivinanzas respecto del desenlace; sin embargo, a diferencia de la mayoría de las veces, en ésta es difícil atinar, porque el novelista maneja sus piezas de tal forma que la resolución se da sólo en el último párrafo.



Y atención: las obras de este tipo generalmente apuestan por la acción, por el suspense, y dejan de lado otras consideraciones: su propósito es entretener, no enseñar cosas ni plantear ideas, reflexiones, cuestionamientos. Las que consiguen fusionar todos esos elementos son consideradas grandes: cuando Hemingway o García Márquez nos cuentan sus historias de hombres en el mar nos emocionan, pero también nos sugieren o proponen o dicen otras cosas, nos hacen pensar, nos sacuden con el conjunto. Y creo que *La fuga* pertenece a esa estirpe. Sin “verder” el final, trataré de explicar por qué.

Aunque la novela de Carlos Montemayor refiere los hechos de manera lineal, se permite ir hacia atrás y hacia adelante en el tiempo, y de ese modo se justifica el entramado temático; ambos, retroceso y anticipación, aparecen en cursivas. Diré algo más del argumento.

Gracias a los conocimientos marítimos de Mono Blanco, los prófugos de las Islas Marías construyen la embarcación adecuada, y atienden todas las previsiones para que la empresa fructifique. Eso habla de que el autor, siendo hombre de desierto, de montaña, se empapó de asuntos del mar, y de no haber sido así su narración se hubiera ido por la borda, habría naufragado. Por ejemplo, Mono Blanco ordena llevar cuñas de madera y una manta azul, y uno no repara en ello o se pregunta para qué servirán: durante la travesía, que se prolonga más de lo calculado por la desertión de los otros prisioneros, la embarcación empieza a hacer agua, y con las cuñas se bloquean las hendiduras por donde aquélla se cuele; la manta azul sirve para camuflar la lancha con el mar a la vista de quienes los buscan desde el aire, en avionetas. Y así, todos los elementos que intervienen en la narración tienen razón de ser.



Carlos Montemayor

Pero aparte de que la fuga es de por sí interesante, sus secuelas no lo son menos. Una vez en tierra, los prófugos deben sortear la persecución de la policía y el ejército, porque tienen órdenes de capturarlos: si bien el reo común es intrascendente, el otro, el guerrillero, no debe escapar: es un auténtico peligro para la paz social (recuérdese que todo ocurre en 1970). Y es que Ramón quiere reencontrarse con sus compañeros de lucha e involucrar a Mono Blanco, por eso se dirige a la sierra chihuahuense; no obstante,

el primero descubre que aquéllos ya no acútan, que se han dispersado, y por si eso fuera poco Mono Blanco lo deja solo también para continuar su vida de trotamundos. Es aquí cuando aflora el lado humano, íntimo, quizá filosófico de la trama, el que va más allá de la pura, emocionante acción: surgen las pasiones, las veleidades, los golpes bajos; las vacilaciones, el miedo, la claudicación. Me reservo el destino de Ramón, el guerrillero, mas puedo asegurar que Montemayor no pudo poner mejor punto final

a su historia: cuando el lector la conoce, no puede dejar de estremecerse, tratar de interpretar su determinación y ponerse en su lugar para intentar calibrarla. Por eso, entre otras cosas, dije que *La fuga* es una novela de aventuras, pero también de reflexión, de ideas, aunque es posible que algún lector despistado se quede sólo con el primer filón (lo que de cualquier forma justificaría la lectura); pero quien advierta la imbricación de ambos factores —acción, ideas— estará de acuerdo conmigo con que se trata de una gran historia.

De modo, pues, que aun cuando parte de sucesos arriesgados porque ya han sido frecuentados, y muy bien (la vida en las Islas Marías, las peripecias en alta mar...), el autor sale más que bien librado en su apuesta, sobre todo porque las muchas aventuras no se quedan sólo en eso, sino van más allá, al terreno de las disquisiciones. Además, la experiencia narrativa de Carlos es evidente: la novela está llena de buenos trucos, se apoya en escenas concretas, en diálogos casi telegráficos y tiene un dominio más que correcto del empleo de un lenguaje cotidiano y otro más elaborado: hay elegancia, y no arrebatos poéticos, y la frescura y naturalidad que corresponde a los protagonistas.

Supongo que la anécdota proviene del conocimiento que el escritor tiene del mundo de la guerrilla, de lo que le sobró en otros de sus libros; pero qué importa, si el resultado es tan bueno. Como señalé al inicio de la nota, hacía tiempo que no leía una novela mexicana con tanto entusiasmo, temática y técnicamente hablando. **U**

---

Carlos Montemayor, *La fuga*, Lecturas Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, 162 pp.

*La fuga* es una novela de aventuras,  
pero también de reflexión, de ideas, aunque  
es posible que algún lector despistado  
se quede sólo con el primer filón.